

to. „ El discurso fué en todos conceptos elocuentísimo, y más que oración fúnebre, fué el panegírico de un santo, coronado con triple aureola; un himno espontáneo del corazón brotado al dulce recuerdo de aquel que tan heroicos ejemplos de virtud y santidad había dejado en la no menos heroica ciudad de Gerona. Fué, sin duda, extraña y maravillosa coincidencia en estos funerales el que el oficiante en todos los responsos que por el finado se cantaron, se olvidara decir el versículo *A porta inferi*, que tiene por respuesta: *Erue, Domine, animam ejus*. “De las puertas del infierno saca, Señor, el alma de tu Siervo.„

Muchas personas distinguidas han dicho que no han sabido rogar por el Sr. Claret; antes por el contrario, se encomendaban con gran eficacia á sus oraciones. De este número fué el Emmo. Cardenal Barilli, que había tratado mucho al virtuoso Arzobispo, por haber sido Nuncio Apostólico de Su Santidad en el tiempo en que el Sr. Claret vivía en Madrid.

Un testigo de mucha autoridad, el Rdo. D. Mariano Arenyas, ya difunto, párroco que fué de la Catedral de Vich, declaró en el Proceso informativo lo que sigue: “Sor Ramona Durán, Hija de la Caridad de San Vicente de Paúl, actualmente residente en Vera, provincia de Almería, en una carta que me escribe en 25 de Diciembre del año próximo pasado 1887, entre otras cosas me da las gracias por haberle remitido unas estampas y Vida del P. Claret, y me añade estas textuales palabras: “Yo en particular tengo mucha confianza en su „intercesión (se refiere al Siervo de Dios) y me encomiendo „algunas veces á él; y mucho más desde que me dijo una persona muy justa que rogando por su alma se le apareció y le „dijo: — Hija mía, no ruegues por mí, que nõ me hace falta, „pues estoy en el cielo; Dios te lo pague.„ Desde entonces me „encomiendo á él como á un santo siempre que deseo obtener „alguna gracia.„

“Sucedíome á mí mismo, — escribe el P. Claret en sus Memorias, — que en los primeros días después de su fallecimiento, celebrando la santa Misa, en el Memento de difuntos me ocurría la idea de rogar por él, y al quererlo hacer me sentía impedido por una fuerza irresistible.„ ¡ Tan persuadidos estaban los que le trataron de que había muerto un santo!



## CAPÍTULO XVII

### DE LAS GRACIAS ESPIRITUALES OBTENIDAS POR INTERCESIÓN DEL SIERVO DE DIOS

1. Claridad y tranquilidad de conciencia alcanzada por la Madre Delpuig. — Aparécese el Siervo de Dios á una Religiosa y le libra de una fuerte tentación. — 2. Favores espirituales que dispensó á varios de sus hijos Misioneros. — Recogimiento interior alcanzado por el P. José Serra. — Obtiene la misma gracia el P. Vallier, y grandes sentimientos de devoción sobre el sepulcro del Padre Claret. — 3. Gracias espirituales conseguidas por las Religiosas del Buen Pastor de Valparaíso, en Chile. — Toca el corazón de una de las Arrepentidas, que estaba á punto de perderse. — Salva á otra infeliz, que estaba á punto de volver á su mala vida anterior. — Trueca el corazón de dos jóvenes desesperadas, que querían entregarse á los vicios. — Consuela á un alma afligida. — Allana los obstáculos insuperables que se oponían á la vocación de una joven. — 4. Gracia de una breve enfermedad y santa muerte. — Alcanza la conformidad con la voluntad de Dios á una persona desesperada con las tribulaciones que padecía. — Consuela á una madre afligida. — 5. Convierte á una persona habituada al pecado. — Convierte á un moribundo impenitente.

1. El Señor ha querido, por su parte, manifestar la santidad de su Siervo concediendo por su intercesión muchas gracias, tanto espirituales como temporales, á las personas que lo han invocado, algunas de las cuales parecen ciertamente maravillosas, como podría inferirlo el curioso lector por la simple relación de los hechos. Como son tantas las gracias obtenidas, en este capítulo sólo trataré de las espirituales, que, si bien en la apariencia tienen menos de prodigiosas, son en realidad de mayor provecho y estima.

Con fecha 14 de Enero de 1871 la Madre Paula Delpuig, Superiora general de las Carmelitas Terciarias de la Caridad, daba cuenta á su director espiritual de una gracia especialísima alcanzada por intercesión del P. Claret, en estos términos: “Toda mi vida he padecido por no tener la debida libertad de espíritu para confesarme; casi siempre me quedaban dudas. Sabiendo el fallecimiento del Sr. Claret me encomendé

á su santa alma, y luego vi mi conciencia tan clara que sin perturbarme haría confesión general de toda mi vida.», La misma Superiora declaró que, hallándose además combatida de terribles tentaciones y puesta en un estado de tribulación y de tristeza, que perdía cada día el apetito, la salud y las fuerzas y ninguna cosa le servía de alivio, resolvió implorar con mucha confianza, á fin de salir de aquella especie de infierno, la intercesión del Sr. Claret, y que á los pocos momentos quedó enteramente libre, sin que volviese á ser molestada de tan terribles luchas.

Otra Religiosa del convento de las Magdalenas de Barcelona cuenta de sí misma que á los pocos meses de la muerte del Siervo de Dios, hallándose padeciendo atrozmente de alma y cuerpo á causa de una terrible tentación que ponía su alma en gran peligro, acudió á Nuestro Señor Jesucristo pidiéndole humildemente se dignase socorrerla; y como le pareciese á ella que Jesucristo se mostraba insensible á sus clamores, le dijo: «Señor, si Vos no me socorréis, indicadme á quién he de acudir.» Al momento se le apareció el Sr. Claret, y rogándole ella que le asistiese en el peligro en que se veía, sintióse al instante con el corazón enteramente trocado y mudado, y tan serena y alegre, que no sabía cómo expresar su agradecimiento. Añade que á no habersele presentado el Siervo de Dios, ni siquiera hubiera pensado en invocarle (1).

2. Si con los extraños se ha mostrado el Siervo de Dios tan compasivo desde el cielo, no ha sido menos tierno ni dadivoso con sus hijos los Misioneros, á muchos de los cuales ha concedido gracias especialísimas del Señor. Citaré dos ejemplos.

El Rdo. P. José Serra escribió al Rdo. P. Clotet que, padeciendo ciertas distracciones extraordinarias hacía mucho tiempo, recurrió á Dios por medio de la Virgen Santísima, de San José y del Angel custodio, y no pudo obtener el recogimiento interior, á lo menos de una manera estable; pero el 9 de Febrero de 1876, en la oración de la mañana, le ocurrió la idea de invocar á este fin á nuestro venerable Padre Fundador; hizo así, y al instante experimentó una suavidad y recogimiento muy grande, el cual le iba continuando cuando escribía,

(1) Carta del 18 de Noviembre de 1880.

que era el 12 de Febrero del mismo año, y en Noviembre de 1879 tornó á escribir diciendo que lo tenía por una gracia extraordinaria, y añadía que, aunque siempre había tenido al señor Arzobispo por un santo, nunca había pensado en invocarle hasta el día en que recibió la dicha gracia (1).

Otro de los Padres más experimentados, sabios y espirituales de nuestro Instituto, el Rdo. P. Pablo Vallier, deseoso de orar ante el sepulcro de nuestro amado Fundador, pidió permiso para visitarlo al Rdo. P. Clotet, que era entonces Superior de nuestro Colegio-noviado de Thuir, y habiéndolo obtenido, escribía al mismo Padre desde Burdeos, con fecha 8 de Septiembre de 1876, dándole cuenta de los efectos que había obrado en su alma esta visita, en los siguientes términos: «¿Qué diré á Ud., Padre mio, de mi visita á Fontfroide? Se la agradeceré á Ud. siempre. Yo sabía que amaba á nuestro Padre, mas no creía que le amase tanto. Dicha la santa Misa, fui á visitar nuestro querido sepulcro. Llevaba una gran porción de necesidades mías y ajenas sobre que rogar; pero no supe sino llorar y sollozar, sin que me lo impidiese la consideración de los que me acompañaban, un Padre del monasterio y dos clérigos seculares que estaban de huéspedes. La cosa llegó á punto que lloraba sin poderme contener por el claustro, por la iglesia y siempre llorando. Hube de suspender el rezo de las Horas menores, porque me era imposible continuar. Almorcé en el monasterio, y lloraba más que comía. Salido ya de aquella santa casa, tenía que hacerme esfuerzos para no llamar la atención del cochero y de los transeuntes. No sé si he llorado tanto en mi vida, y advierta Ud. que soy duro y frío como una piedra; mas ¿cómo no ablandarse abrazando y besando aquel sepulcro? Yo creo que los duros y fríos como yo, sobre esa sepultura encontrarían remedio. Digo en el supuesto falso de que pueda haber quien conmigo en maldad se iguale. Yo me arrojé sobre la sepultura de mi Padre, la abracé, la besé; nada le pedía, pero lloraba. Sólo recuerdo que, como si hablase con él, le repetía una cosa de mi espíritu que en Vich me reveló. Á pesar de todo esto, digo á Ud. con verdad que salí de aquella casa venerable con fuerzas y valor, aunque el

(1) Cartas del P. José Serra del 12 de Febrero de 1876 y del 5 de Noviembre de 1879.

solo recuerdo de lo que ayer por mí pasó me renueva la aflicción y me hace ahora mismo llorar. ¡Oh! Si en mi mano estuviera, yo no saldría del lado de aquel sepulcro. Me consuela mucho esta experiencia de que amo tanto á nuestro Padre, y él, que tenía tan buen corazón, me recompensará con gracias... Yo deseo que el Rmo. P. General lea esta carta para que me sirva de justificación si he sido demasiado exigente en pedir á Ud. se me concediera la apetecida visita. Padre, lloro todavía; las lágrimas me han obligado á suspender la escritura de esta carta más de una vez. Yo sé la devoción que Ud. tiene á nuestro Padre y que no llevará á mal mis impertinencias. Padre, con toda verdad le digo á Ud. que ayer no me conocía á mí mismo. Los tiempos no son oportunos para que por medio de milagros se conozca la santidad de nuestro Padre; viven muchos de sus enemigos. Día llegará en que la manifestará Dios, y creo que ha de ser invocado como protector especial de las necesidades del espíritu (1).»

En 20 de Noviembre del mismo año escribía el citado Padre, que antes de ir á Fontfroide su alma se hallaba en una aridez y frialdad habitual, y por el estado de su cabeza en una distracción continua, y si bien le había sido muy provechosa su permanencia en nuestra Casa de Thuir por espacio de un mes, no consiguió el recogimiento; pero desde el instante que se arrodilló sobre la tumba de nuestro Venerable Fundador, no sabía que se hubiese sentido en toda su vida tan recogido y llamado á lo interior. «Yo no diré,—añadía en la misma carta, escrita desde Chile, después de un viaje marítimo de cuarenta días,—que esta gracia haya de ser perpetua: consigno el hecho de que recibí la gracia y de que la conservo y experimento todavía sus efectos.» Decía que, aun cuando la perdiese, siempre sería una verdad de que el don fué muy grande; que nada había de exageración ni ilusión en una cosa tan fácil de conocer, como era si estaba ó no más recogido que antes, si sentía ó no más que antes la presencia de Dios; que desde que había salido de allí había viajado por mar y tierra y se había dedicado sin descanso á los trabajos del ministerio, y que jamás en su vida se había sentido tan vivamente llamado á lo interior como entonces, y que esperaba que el Siervo de

(1) Carta del Rdo. P. Pablo Vallier, 8 de Septiembre de 1876.

Dios sería un día invocado como protector de la vida interior, y considerado como modelo de ella por los que, como él, estamos obligados al ministerio de la vida activa.

3. Las gracias, tanto espirituales como corporales, alcanzadas por intercesión del Siervo de Dios, no se han limitado al Viejo Continente, sino que se han extendido, y con mayor abundancia aún, al Nuevo Mundo en los puntos en donde se han establecido nuestros Misioneros, que, como era natural, han dado á conocer á aquellas gentes á su esclarecido Fundador. He aquí el catálogo de gracias espirituales que las Religiosas de Nuestra Señora de la Caridad del Buen Pastor, de Valparaíso, en la República de Chile, alcanzaron del Siervo de Dios, según lo refiere la Superiora del mencionado Establecimiento:

1.<sup>a</sup> Una pobre niña de la sección de Arrepentidas padecía en 1880 terribles tentaciones hacía un año. Su deseo de volver al mundo era tan vehemente, que á veces caía desmayada en la clase por la desesperación que le causaba el tedio de verse en esta santa casa. La maestra hacía incesante oración por esta pobre joven, cuya pérdida era inevitable si volvía al mundo: varias novenas hizo con este fin; mas la niña no desistía de su intento de salir. Habiendo oído hablar á un Padre de la Congregación del Inmaculado Corazón de María de la gran santidad de su Venerable Fundador, el Ilmo. y Rmo. señor D. Antonio María Claret, llena de confianza empieza una novena en honor suyo á fin de obtener alguna mudanza en la conducta de aquella niña y alcanzar su perseverancia en la casa hasta la muerte. Pasados algunos días se notó en ella un cambio extraordinario; desaparecieron por completo las tentaciones y se llenó su alma de paz y tranquilidad. Pidió con instancia la gracia de ser admitida en el número de las consagradas, gracia que le fué concedida, y con la consagración recibió el nombre de María del Desierto. Llevó después una vida entregada toda á Dios y en la más completa abnegación. Pasados así más de dos años, al fin de una larga y penosa enfermedad expiró dulcemente en los brazos de la divina Misericordia, con grande edificación de sus compañeras y consuelo de sus maestras, no olvidando jamás y contando á todas que su salvación y perseverancia la debía á la poderosa intercesión del Ilmo. y Rmo. Sr. D. Antonio María Claret.

2.<sup>a</sup> En la misma sección, una de esas pobres jóvenes que había vivido en el mundo completamente entregada á sus efímeros placeres, tuvo la dicha de consagrarse á Dios en esta santa casa con gran fervor en el año de 1883. Pasados algunos años de penitencia y olvido del mundo, cayó en un indecible desaliento; luego dejó todas sus prácticas de piedad, y desedificaba á sus compañeras con sus repetidas faltas. El recuerdo del mundo y de las costumbres en que había vivido vinieron luego á ocupar su corazón, deseando vivamente seguir con libertad el camino del mal, y para conseguirlo pedía con instancia salir de la casa. La Religiosa encargada de dicha sección, sumamente compadecida de la desgracia de esta joven, invocó llena de confianza al venerado Sr. Claret, quien obtuvo inmediatamente para esta pobre alma el arrepentimiento de sus faltas, la cual pidió, deshecha en lágrimas, la gracia de no salir jamás de este asilo de salvación, probando con doble fervor que quería indemnizar al Señor de sus ofensas y redimir el tiempo que desgraciadamente había perdido. Hoy consuela con sus virtudes á sus maestras, quienes dan gracias al venerado Sr. Claret por esta nueva conquista para el cielo.

3.<sup>a</sup> y 4.<sup>a</sup> Otras dos jóvenes de la misma sección, y en dicho año, siguiendo el impulso de la tentación, resolvieron volver al mundo para entregarse libremente á los vicios en que habían vivido. Grandemente afligida la maestra, les hacía ver el funesto estado en que se precipitarían al abandonar este asilo de paz y salvación. Estas desgraciadas criaturas, no dando oídos á los caritativos consejos y cegadas por la tentación, contestaban resueltamente: "Nada nos importa el condenarnos, con tal de darnos gusto, aunque después nos haya de pesar mil veces.," Habiendo experimentado la maestra en muchas ocasiones la especial protección del venerado Sr. Claret para con esas pobres niñas, recurrió á él llena de confianza, y en esos mismos momentos aquellos corazones tan endurecidos reconocieron su error, y con un fervor indecible y grandes deseos de hacer penitencia se entregaron de nuevo al servicio de Nuestro Señor.

5.<sup>a</sup> Un alma afligida con grandes padecimientos interiores y anegada en la más amarga desolación por espacio de ocho meses, no encontrando alivio alguno en sus penas, hizo por fin una novena de diez Avemarías al venerado Sr. Claret. Ins-

tantáneamente desapareció todo sufrimiento; mas habiéndose descuidado dos días en rezar dicha novena, quedó de nuevo engolfada en la más grande turbación. Buscando la causa de tan inesperada novedad, reconoce su negligencia, pide perdón á su caritativo protector, y al momento recobra la paz y tranquilidad de su alma, no cesando de dar gracias á aquel por cuya intercesión había recibido tanto consuelo (1883).

6.<sup>a</sup> Hacía seis años que una virtuosa joven anhelaba ardentemente la dicha de consagrarse á Dios en el estado religioso. Su madre se oponía resueltamente al cumplimiento de sus piadosos deseos, y su vocación era combatida por un sinnúmero de dificultades. Habiendo oído hablar á varias personas respetables de la gran santidad del Ilmo. y Rmo. señor Arzobispo D. Antonio María Claret y de las muchas gracias que se alcanzaban por su intercesión, animada de una viva fe y confianza puso en sus manos el arduo y difícil negocio de su vocación, no dudando que tan buen protector allanaría todas las dificultades que había para la realización de sus ardientes deseos. En efecto: cuando ella menos lo esperaba, su madre cedió á sus piadosas instancias, desaparecieron por completo las dificultades, y en menos de quince días todo se arregló y tuvo la dicha de entrar en nuestra Congregación en la hermosa fiesta de la Inmaculada Concepción, 8 de Diciembre del presente año 1883.

4. *Gracia de una breve enfermedad y santa muerte.*—En el Hospital de San Vicente de Paúl, de Santiago de Chile, se hallaba gravemente enfermo un joven de quince á dieciséis años de edad. Los médicos advirtieron á la Hermana de la sala, Sor Guadalupe, que este joven tendría que padecer mucho, pues la enfermedad era muy larga y terriblemente dolorosa, porque había de morir todo gangrenado. Compadecida la Hermana de su lamentable situación, lo encomendó al ilustrísimo Sr. Claret, pidiéndole que lo sanase ó que Dios dispusiera pronto de él. Después de esta súplica principió una novena en honor del Siervo de Dios, rezando con el enfermo con mucha fe y devoción. Preguntóle la Hermana si deseaba morir, pero el enfermo le respondía que era tan joven... Durante la novena éste se confesó é hizo su primera Comunión, y apenas terminada murió el dichoso joven con gran paz y tranquilidad de alma, en circunstancias en que ni la Hermana ni nadie se ima-

ginaba estuviera próxima su muerte. La plegaria del ángel de la caridad había sido oída.

*Gracia de conformidad con la voluntad de Dios.*—El reverendo P. Antonio Molinero, Visitador que fué de nuestras Casas de Chile, y de quien es el caso anterior, da cuenta de otro en estos términos: “Padecía Rafael Soto hacía cinco años una terrible enfermedad en el estómago, á consecuencia de la cual quedó reducido á la mayor indigencia. En tan triste situación se quejaba amargamente de su suerte diciendo que siendo una persona de buenas costumbres Dios le tenía en aquel estado, y que otros desarreglados lo pasaban bien: en una palabra, parecía que no estaba conforme con la voluntad de Dios; pero habiendo oído hablar de los milagros del Sr. Claret y deseando aplicarse su reliquia, se confesó con este fin y recibió la santa Comunión. En el momento de aplicarse la reliquia dijo el enfermo sentía una fragancia muy grande, lo cual manifestó al que se la había llevado y á su esposa. Preguntóle si esta fragancia era continua, y el enfermo contestó que cada vez más iba en aumento. Desde este día transcurrieron algunos hasta su muerte, y puedo asegurar, por lo que oí hablar y por lo que vi, que se había obrado en el enfermo una mudanza total, entregándose éste á la voluntad de Dios y experimentando un consuelo tan grande que no dejaba la reliquia, aliviándose con ella y aplicándose hasta sus últimos momentos.”

*Consuelo á una madre afligida.*—Una pobre señora, que tenía ausente á un hijo suyo hacía ya más de veinte años y sin tener noticias de él, luego que se le recomendó la devoción al Siervo de Dios Sr. Claret, se encomendó á él con toda confianza pidiéndole la gracia de tener noticias de su hijo. No habían transcurrido aún dos meses cuando no sólo supo de él, sino que se le presentó su mismo hijo y le vió llegar con toda felicidad cuando lo lloraba ya por muerto.

5. *Notable conversión.*—Lo es verdaderamente la que voy á referir con las mismas palabras de la persona convertida, cuyo nombre no declaró por consideraciones fáciles de adivinar. “Hacía,—dice la fervorosa penitente,—más de diez años que padecía yo terribles tentaciones, las cuales, con hacerme caer en muchos pecados, me ocasionaban tales sufrimientos interiores, que no sólo me amargaban la vida, sino que hasta me llevaron muchas veces á probar de abreviármela

procurando dañar mi salud. Yo vivía persuadida de que no tenía fuerzas para vencerme y me dejaba llevar de mis malas inclinaciones, las cuales me causaron una mala costumbre. Después de mis yerros se apoderaba de mi el más desesperante temor y me creía en poder del demonio. No podía tener sosiego; entre continuas caídas y espantos pasaba mis días; las cadenas de mis mal domadas pasiones pesaban de tal modo sobre mi alma, que no podía admitir ni consejos ni amonestaciones. Todas mis compañeras tenían pena por mí y rogaban á Dios por mi conversión. Un día una de ellas me exhortó á dirigirme á Mons. Claret, diciéndome que ya ella varias veces había experimentado el poder de su intercesión. Lo hice, pero sin mucho empeño; no sentía voluntad de enmendarme. Mas en otra ocasión, hallándome en gran peligro por una grave tentación, tomé su retrato y me encomendé á él con toda mi alma. “Padre mío,—le dije,—desde hoy os elijo por mi protector y abogado cerca de Dios; vos habéis de presentar mi alma pura, humilde y obediente delante del Señor en el último día de mi vida. Padre mío, oidme y ayudadme, por amor de Dios, por el amor tan grande que tuvisteis al Inmaculado Corazón de María y por la compasión que en vida teniais de los pobres pecadores: ayudadme á vencer esta violenta tentación y quitadme también todas las otras que me dominan y me hacen esclava del demonio.” Esta vez no alcancé lo que pedí, pero seguí pidiendo y mis caídas eran ya más raras. Á los tres meses sentí mi corazón mudado; desde entonces no siento más esas pasiones y tentaciones, sino grandes deseos de hacer penitencia y facilidad en practicar las virtudes que me parecían antes imposibles para mí. Mi alma goza de paz y tranquilidad; cada día crecen mis deseos de amar á Dios y de trabajar en mi perfección: en una palabra, me siento transformada interior y exteriormente. Ya hace dos años que mis males se han concluido. ¡Cuánto debo á mi bondadoso protector! Es verdaderamente Padre de mi alma, y no puedo llamarle con otro nombre por el amor y grande devoción que le tengo, pues sólo Dios sabe cuál era el estado de mi alma de que me ha librado el Siervo de Dios con su poderosa intercesión. Sea el Señor alabado por este grande beneficio.”

*Otra conversión notabilísima.*—D. Julián Varela estaba enfermo de gravedad, y no solamente no quería confesarse,

sino que decía á su esposa al hablarle de confesión que al primer fraile que entrase en su aposento le daría un balazo, y luego se daría otro á sí mismo, con un revólver que tenía debajo de la almohada y que no le podían quitar; así es que para evitar esta desgracia no permitía la familia que entrase en su casa sacerdote alguno. El día 20 de Junio de 1886 alcanzó á entrar el señor Cura, casi á pesar de la familia, temerosa de lo que pudiera suceder; y, en efecto, el enfermo le recibió muy mal y hasta le amenazó con el revólver si no se retiraba. Ya la esposa no sabía qué hacerse, cuando en la mañana del 20, poniendo el retrato del Ilmo. Sr. Claret en la pieza inmediata á la del enfermo, y rogándole con lágrimas que no dejase morir á su marido sin confesión, á las pocas horas dijo el enfermo: "Quiero confesarme; llámame al Superior de los Padres del Corazón de María, á quienes tanto he injuriado y ofendido." Se confesó, en efecto, con muchas lágrimas, pidió perdón á nuestros Padres, como también á los de su familia, á quienes no quería recibir desde algunos días, con lo cual quedó su esposa muy contenta, sin hallar palabras con que dar gracias á Dios. D. Julián murió tranquilo en la noche del sábado al domingo; y sus tres hijos y cuatro hijas, al ver la conversión de su padre, prometieron á nuestro P. Vall-Llovera, Superior entonces de nuestra Casa de La Serena, en Chile, que se confesarían también ellos, como así lo verificaron el día del entierro de su padre (1).

(1) Carta del P. Vall-Llovera, Serena, 27 de Junio de 1886. Este Padre murió en 23 de Junio de 1890, víctima de su celo, siendo Prefecto apostólico de nuestras Misiones de Fernando Póo.



## CAPÍTULO XVIII

### DE VARIAS GRACIAS TEMPORALES OBTENIDAS POR INTERCESIÓN DEL SR. CLARET

1. Curaciones del Rdo. P. Clotet, del P. Constans, del Hermano Ginestá, del Estudiante Lorenzo Sorinas y del Rmo. P. Xifré, Superior General de nuestra Congregación.—2. Restituye el habla á un moribundo para poderse confesar.—Curación de Sor Ana Artés y del jesuita P. Llausás.—3. Curaciones obtenidas del Siervo de Dios en el Colegio de Nuestra Señora del Buen Pastor en Valparaíso.—Un retrato del P. Claret ahuyenta milagrosamente á los ratones.—4. Curación milagrosa de Doña Margarita Zumarán.—Idem de Doña Luisa Navoa.—Idem de Doña María Florencia Salazar.—Idem de Doña Carmen Salinas y Doña Francisca Román.—Idem de Doña María Simona Alvarez, Doña Evarista Díaz y Doña Elvira Alvarez.—Curiosos pormenores sobre la curación prodigiosa de Doña Carmela Diaz.—Curaciones de las Sras. Eudoxia Valdeerrama, Carmen Aracena y Lorenza Varas.—Idem de los Sres. D. Silvestre Reyes y D. Eduardo Marambio Cortés.—Idem de las Sras. Magdalena Salinas, María Felipa y Collar, Sor María de la Divina Pastora, Sor María del Corazón de Jesús, María Luisa de Salcedo, María Virginia Gatitua, Trinidad Patiño, Mercedes Alfaro, Oristela Fonseca, Santos Acuña de Muñoz, de D. Godomiro Poblete, Doña Rosario Sánchez, D. Eulogio Villar, Sor Magdalena del Monte Tabor, Sor María de Santa Aurelia Blázquez, Doña Tomasa Toro, Pascuala González, María del Pilar Martínez y María Teresa de la T. O. de San Francisco.—5. Curaciones obtenidas en España por intercesión del Siervo de Dios: Doña Balbina de Coll y Sor Anunciación Fernández.—Curaciones de mal de ojos.—Idem de una enfermedad inveterada, de un herpes y de una hemorragia.—Alumbramientos felices obtenidos por intercesión del Siervo de Dios.—Curación de Sor María Nava en Calahorra.—Idem de un niño en Barcelona.—Idem de D. Ramón Vila en Bergús, diócesis de Solsona.

1. Salvo el fallo de la Santa Sede, no parece aventurado asegurar que el Señor ha confirmado la santidad del Siervo de Dios con el sello de los milagros. Entre los hechos que referiré en este capítulo hay algunos que naturalmente no pueden explicarse y que han sido aprobados por la autoridad ordinaria en forma judicial. Comencemos por algunos verificados en las personas de nuestros Misioneros.

Á las pocas semanas de la muerte del P. Claret, uno de los Padres que le habían asistido en su última enfermedad, el re-